

mil veces bendito, ó si dirigiendo su inquieta mirada á todas partes ha encontrado una imágen, una estampa de esta Señora, ó ha pensado que lleva á su cuello su santo escapulario, ó una medalla siquiera de María, y entonces se detiene en su resolucion; reflexiona un momento; cobra brios en el combate espiritual que sostiene, y vence á su enemigo, y lo humilla, y canta el himno del triunfo que tantos laureles le proporciona? Es que María su Madre y Madre nuestra muy querida, velaba desde el cielo por un hijo de su corazon, y alcanzaba para él, llena de solicitud y penetrada de compasion, alguna de las gracias salvadoras que Dios con tanta liberalidad dispensa por esta Señora que es la dispensadora de todas ellas; gracia que se ha sensibilizado quizá por ese recuerdo, por esa mirada, por ese pensamiento santo que ha delenido al devoto de la Reina de los cielos en la tentacion que ha experimentado, y que le ha hecho triunfar de los enemigos de su alma, llegando el socorro de María en tiempo oportuno: *et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Los buenos oficios de esta Madre compasiva para con nosotros, no creais que se limitan á este acto preveniente de la divina gracia. El hombre, aun resistiendo meritoriamente la tentacion con el auxilio del cielo que la Santísima María le ha procurado, no está seguro reducido á sus propias fuerzas despues del combate: la inestabilidad de sus propósitos; la debilidad de sus fuerzas; los rudos é incesantes ataques de sus enemigos espirituales, lo ponen á riesgo de desviarse del buen camino, si por desgracia se detiene en este, y no adelanta en él con valor y decision. Esta decision y este valor no dependen absolutamente de su voluntad; es necesario que los inspire y los robustezca la divina gracia, y cooperando con ella, secundando los deseos de nuestro Dios en nuestra santificacion, correspondiendo á los auxilios que este Señor le preste, obtendrá la consecucion del glorioso fin

que se ha propuesto, y completará su buena obra, y en ella progresará rápidamente. Pues bien, A. H. M.; María ha dicho estas palabras que tanto deben alentarnos, y que revelan es el refugio de los hombres pecadores inclinados al mal y propensos siempre al pecado: «Mio es el consejo y la equidad; mia es la prudencia; mia es la fortaleza. Conmigo están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia, para enriquecer á los que me aman y henchir sus tesoros. Quien me hallare, hallará la vida y obtendrá del Señor la salud eterna:» *qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino.* Y esta Madre de corazon tierno y compasivo, distribuye entonces con largueza sin igual esas bendiciones de dulzura que ha recibido del trono santísimo de Dios, esas abundantes riquezas de misericordia que atesora, esos auxilios generosos para que el hombre conozca á tiempo lo que es el pecado, y la situacion tristísima del pecador; lo que ha de esperar este de la misericordia de Dios, y lo que tiene que temer de su inexorable justicia; la excelencia y utilidad de los medios que se le ofrecen para reconciliarse con Dios por la penitencia, y de acrecentar su dicha llegándose á la sagrada mesa, como tendremos ocasion de considerar en los dias sucesivos de este dichoso mes; en una palabra, María demuestra con su solicitud que es la madre de la misericordia, que vela incesantemente sobre sus hijos, para que estos eviten los sinsabores sin cuento que se siguen al pecado, y sobre todo la eterna condenacion que se sigue á este, prodigándoles las gracias que necesitan segun su estado, su condicion y circunstancias: *et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

María, por último, M. A. H., despues de haber obtenido el perdon del pecador; despues que como abogada poderosa se ha interpuesto entre la justicia de Dios tan gravemente ofendida, y el pecador miserable que la ha ultrajado; despues de haber alcanzado esa multitud de gracias que son co-

mo otros tantos socorros para que obremos nuestra justificación, no nos abandona jamás; quiere que seamos salvos en el cielo, y á este fin nos alcanza el don de la perseverancia final; porque sabido es que no basta comenzar bien la carrera de la salvacion, si esta no se concluye bien; y esa perseverancia, tenedlo entendido, no se nos debe de justicia, es una gracia, y por lo tanto enteramente gratuita. Pero María la pide, y María la obtiene. ¡Dichosa el alma que se ampara de María! Porque ya lo habeis oido, A. H. M., las excelencias que enaltecen á esta Virgen purísima como Madre de Dios y Madre nuestra que la hacen poderosísima y grandemente compasiva, y nuestra condicion de pecadores, harto miserables y desgraciados, la constituyen en verdadero refugio de todos los pecadores, no solamente para alcanzarnos el perdon de nuestros pecados, por graves y numerosos que ellos sean, sino tambien las gracias necesarias para que evitemos consentir en las tentaciones, para que cooperemos con los divinos auxilios, y recibamos en tiempo oportuno la perseverancia en la justicia recibida, y despues la corona eterna del triunfo en la pátria de los santos: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Ahora bien, M. A. H.; yo no puedo persuadirme que despues de haber considerado, siquiera haya sido en bosquejo, cuanto es el poder y la bondad de la Virgen Madre de Dios y amantísima Madre nuestra, y cuantas sean las necesidades que nos aquejan en el orden espiritual, dejeis de invocar á esa Señora, «madre del amor hermoso y de la santa esperanza.» Este titulo consolador y santísimo es bastante para inspirarnos aquella confianza que se necesita para obtener lo que pedimos, una confianza sin limites, una confianza constante, basada precisamente en los méritos de esta Madre que es el puerto de nuestros naufragios en el océano

de la vida; que es la salud de los enfermos y de los que agonizan por la enfermedad de la culpa; que es el refugio de los pecadores. No vacilemos, pues, en nuestra resolucion. María nos espera; lleguemos todos á los piés de su trono de clemencia animados de la santa confianza de obtener su gracia arrepentidos de nuestras culpas: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ.* No digais por Dios, como dice el hombre sin esperanza: mi espíritu ha sido viciado de tal suerte por las ideas mundanas y carnales; mis sentidos se hallan tan extraviados; mis costumbres se hallan tan corrompidas, que yo no tengo fuerzas para emprender el camino de la virtud, porque desconfio de que el Señor, á quien tantas veces he ofendido, se apiade de mí, pobre pecador, y llegue á perdonarme. ¡Ah! quien así se exprese, no ha pensado con detenimiento en la bondad de María; no ha sabido medir la extension de su poder concedido por Dios; no ha comprendido por desgracia que esta Señora es el refugio verdadero de los pecadores, y que su corazon es un santo asilo de caridad para sus desgraciados hijos. Acérquense, pues, todos los pecadores á María, y ellos obtendrán la misericordia de Dios y el perdon de sus pecados: *ut misericordiam consequamur.* Bajo el amparo y maternal proteccion de María, el desgraciado pecador recibirá del cielo las gracias necesarias para su conversion; los auxilios especiales que le faciliten su arrepentimiento; aquellas santas inspiraciones que ilustran la inteligencia, que suave y fuertemente tocan al corazon, y lo cambian, y lo robustecen en el bien; aquellos dones consoladores del Espíritu Santo que forman la felicidad del justo sobre la tierra; porque todo esto lo conseguirá María en tiempo conveniente para nuestra santificación: *et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

¡Plegue al cielo que así suceda para dar gloria sin término á nuestro Dios, para exaltacion del nombre santísimo

de María y santificación de nuestras almas! Entonces viviremos en paz y amistad de Dios sobre la tierra, y esta amistad y esta paz dichosas serán la garantía de ver y gozar á este Señor y alabarle en los cielos en union de nuestra bendita y amorosa Madre por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA DOS.

Nada mas lamentable que el hombre en estado de pecado, pues revela la mas criminal malicia y la mas insigne locura.

Adeamus ergo fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.

Lleguemos, pues, con fiada confianza al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente.

EP. Á LOS HEB. IV, 16.

El profeta Jeremias, A. H. M., ha condensado en breves palabras la gravedad del pecado con relacion á Dios á quien ofendemos, la insuficiencia del pecado para saciar con él nuestros deseos, y las funestas consecuencias de ese mismo pecado. «Dos males hizo mi pueblo, dice el profeta hablando en nombre de Dios: me dejaron á mí que soy fuente de agua viva, origen de todo bien, y cavaron para sí aljibes, aljibes rotos que no pueden contener las aguas. Entiende y considera, pueblo ingrato, qué mala y amarga cosa es el haber dejado tú al Señor tu Dios, y el no haber en tí temor de mí, dice el Señor de los ejércitos. Desde el principio quebraste mi yugo, rompiste mis ataduras, mis sagrados mandamientos, y dijiste: No serviré al Señor, ni guardaré su ley: *non serviam*.

No es el pecado desgraciadamente la triste condicion de este ó de aquel pueblo, de esta ó de aquella generacion.